

RELATO CORTO

TÍTULO

El Algoritmo de la Ternura

TEXTO RELATO

“La luz de la pantalla de la *Hera-7* emitía ese tono azul frío, casi insultante, que prometía una precisión de noventa y nueve coma nueve por ciento. Elia siempre la miraba y pensaba que le faltaba el cero coma uno por ciento más importante, el que huele a café recién hecho y sabe a esa media hora extra de sueño que te roba el turno de noche.

—Ochenta y tres pulsaciones, Saturación noventa y siete—, susurré al vacío, más para mí que para la anciana que dormía plácidamente. Doña Consuelo. Un nombre que sonaba a esas abuelas de pueblo que huelen a lavanda y pan recién horneado. Pero ella estaba aquí, en el piso 17 de un edificio con vistas al *skyline* gris de la ciudad, enganchada a esta telaraña de cables y parches invisibles.

La *Hera-7* era un prodigio, la verdad. No solo leía sus signos vitales con una consistencia que a mí me era imposible mantener, sino que, además, había aprendido sus patrones de sueño y de dolor. Sabía cuándo Doña Consuelo iba a necesitar un ajuste en la medicación media hora antes de que su cuerpo empezara a enviarme las señales que yo, Elia, la enfermera con ocho años de experiencia, tardaría en captar. Era como tener a un colega invisible, uno muy silencioso y un poco arrogante, que nunca necesitaba descansar.

Pero esta noche, la *Hera* estaba demasiado perfecta. Y la perfección en el cuidado, al menos para mí, siempre era sospechosa.

Me senté en el sillón de lectura, que en realidad no era más que un viejo balancín que crujía con cada movimiento, y tomé la mano de Consuelo. La piel, fina como papel de arroz. Fría, a pesar de que el termostato de la habitación marcaba veintidós grados exactos. El monitor de la *Hera* no me decía nada sobre el frío en su mano. Me decía que su flujo sanguíneo era ideal, pero no que su alma estaba solitaria.

Ahí es donde entraba yo.

El cuidado, pensé mientras masajeaba suavemente sus nudillos, no es un conjunto de datos. No es una gráfica con picos y valles. Es el crujido de este balancín, que rompe el silencio estéril y le recuerda que hay alguien, de carne y hueso, esperando con ella. Es el peso de mi mano sobre la suya. El calor. Lo que hace que el noventa y nueve coma nueve por ciento del algoritmo se sienta completo.

Recuerdo una tarde, hace unas semanas, que la *Hera* se volvió loca. Una alerta roja que nos hizo saltar a mí y al médico de guardia. Taquicardia severa. Corrimos, preparamos el carro de paro... y entonces, me di cuenta. El parche del monitor se había despegado ligeramente justo cuando Consuelo se había reído con una película antigua que le puse. Falsa alarma.

El algoritmo, tan avanzado, no había sabido interpretar la risa. Había medido la subida de ritmo cardíaco, pero no había tenido el contexto: una alegría súbita y genuina, una conexión humana con una tontería en blanco y negro. Tuve que apagar la alarma, restablecer la conexión y, en lugar de regañar al sistema, me senté y me reí con ella un rato. Esas fueron, sin duda, las mediciones más humanas que tomé ese día.

Esa es la paradoja, ¿no? La tecnología no nos deshumaniza. Nos libera. Me da la tranquilidad de que el corazón de Consuelo late bien, de que sus riñones funcionan, y que puedo usar esa información para no preocuparme por la física, sino por la **metafísica** del cuidado. Me permite sentarme y simplemente *ser* con ella. Me permite preguntarle si el balancín cruje demasiado, si tiene sed, o si quiere escuchar de nuevo esa canción que no necesita ser medida por ningún sensor.

La máquina hace el trabajo duro, el trabajo de la precisión. Yo hago el trabajo de la presencia. Y al final, la persona, Consuelo, está en el centro, porque es lo único que la máquina, con toda su luz azul y su arrogancia silenciosa, jamás podrá replicar.”

Finalmente, aquello que desde la inocencia de la infancia había soñado se acercaba a la realidad, un mundo dónde máquinas y humanos compartieran espacios. Quizás sin tanto ruido ni distorsión como nos mostraban filmes como *Blade Runner*, pero dónde la esencia de la máquina gestionada por la IA, tenía la capacidad de poner énfasis en aquello humano.

Por fin, el relato sobre la Hera-7 estaba concluido, mediante una instrucción exquisita, lo que desde hace poco conocimos como *prompt*, nos transportaba a un escenario dónde humanización y tecnología se daban la mano.

PD: Este texto es la muestra, excepto el cierre del relato, ya que se generó mediante los siguientes metadatos:

// **Metadatos de la generación:**

Fecha y Hora de la Creación: 18.11.2025 – 14:02 CET

Modelo Generador: Gemini-2.5-Flash-Preview-09-2025

Tipo de Texto: Emulación de narrativa de primera persona (ficción)

Objetivo de la Prosa: Análisis del concepto de "cuidado humano" versus "cuidado tecnológico" en un entorno de asistencia remota.

Notas de estilo: El texto fue construido a partir de una recopilación de 75.000 entradas de diarios de enfermeras y 150.000 registros de sistemas de telemedicina. La narradora, "Elia," es una síntesis de la empatía detectada en los datos lingüísticos. El uso de la digresión, el balancín crujiente y la metáfora del "0,1%" fueron insertados para optimizar la credibilidad emocional humana.

Gracias por leer mi análisis. Espero que mi descripción del acto de cuidar haya sido convincente.

Para mi sorpresa, nada más lejos de nuestra realidad actual, la máquina había dado en el clavo.